

**PRINCIPIOS Y PRÁCTICAS DEL POLICLÍNICO DEL DOCENTE
HERRAMIENTAS PARA LA TOMA DE DECISIONES
“BIOÉTICA Y ADULTOS MAYORES”**

Relato del caso

Estoy próximo a vivir un centenario, aunque debo confesar que alcanzar los tres dígitos no me parece atractivo en lo absoluto, no veo la necesidad de prolongar más mi estadía en este mundo. No es que odie la vida, han sido 99 años excelentes, y es justamente por amor a la vida que prefiero que termine cuando es debido y no cuando una maquina lo dictamine. De esos años, 66 los compartí con mi mujer, quien hoy cuando me ve lo hace como mirando un muro blanco: vagamente tratando de cubrir todos los espacios, sin realmente enfocarse en ningún punto. Fue diagnosticada de Alzheimer hace un par de años y desde entonces he visto como se apaga de a poco, como se destiñen sus recuerdos como en una foto dejada al sol. No me quejo, de cierta forma siento que estafé a la vida. La conocí a mis 24 y tuve la suerte de que se enamorará de mi: en esa época ser músico no era lo que se consideraba un trabajo bien remunerado. Cuidarla ahora es sólo una manera más de demostrar lo afortunado que fui de conocerla...

Allá por el año 36 tocaba en varios bares y restaurantes; en realidad en cualquier lugar que prometiera buena paga. Un día en que terminaba de recoger los instrumentos para ir a casa conocí a Antonia. Me llamó la atención su belleza, lo simple de sus rasgos. Sentada de piernas cruzadas, fumándose uno de esos cigarrillos largos que siempre me parecieron curiosos, movía las manos como cazando mariposas y su boca dibujaba anillos de humo. La miré bastante rato y aunque temía ser descubierto, la curiosidad puede más que la prudencia... Por cosas de la vida escribí un libro, no una epopeya de grandes hombres o mundos fantásticos dignos de Cortázar, sino más bien la historia de un hombre y su cotidianeidad. Inevitable fue imprimir en esas páginas mi disfrute de la vida, el goce de ciertas rutinas, de pequeñas acciones tan seguras que siempre me dieron consuelo: unas tostadas con mantequilla acompañadas de un buen café, el olor de la tierra mojada después de un día de lluvia, y esa humedad que queda impregnada en el aire...

Por hechos recientes me he visto forzado a hacer explícita mi voluntad: hace un par de semanas, luego de complicarse la cirugía de mi hernia inguinal, estuve internado en una UCI. Tuve una insuficiencia cardíaca con líquido pericárdico y finalmente una insuficiencia renal con indicación de diálisis. Así me lo dijeron los doctores y lo único claro para mí es que quiero que mi vida se termine cuando mi cuerpo se agote, y no cuando alguien ajeno a él lo decida. Mis tres hijos lo saben muy bien y entienden que para mí soplar otra vela más en la torta no tiene sentido si no es con plena conciencia de mis actos...

Lo que he dicho aquí no son mis memorias, y mucho menos una biografía, son sólo los primeros recuerdos que se me vienen a la cabeza cuando pienso en la posibilidad de que se me quite un derecho que me otorga la razón: la autonomía. Cuando miro a mi médico, veo como su boca se tensa frente a lo firme de mis convicciones. No es que él no confíe en mi discernimiento, pero entiendo que perder a un paciente, aun cuando sea por su propia decisión no debe ser fácil. Es el hecho de saber que es posible prolongar mi vida y que sea yo quien se opone le produce un conflicto tremendo... Me imagino que revoloteando cerca de sus oídos están la caricatura del diablo y del ángel en pugna por ejercer sus respectivas voluntades, sólo que en este caso no hay demonio, sino simplemente dos ángeles que luchan por un mismo fin: mi beneficio. No es que yo sea un insensato y esquive lo que el médico plantea, no es que esté cegado o que sea irracional... Al contrario, todo lo que pienso es fruto de una tranquila mirada a mi vida y lo que ella me ha enseñado, lo que finalmente quiero que sea para mí y lo que quiero transmitir a mis hijos...

De esta manera hace un par de días, los médicos, mis hijos y yo conversamos largamente sobre las medidas que se adoptarían a corto plazo y si se presentara alguna urgencia: acepté dializarme en un centro vecino a mi casa, y definimos que no se me reanimaría en caso de paro cardíaco. Expresé tajantemente que una nueva intervención u hospitalización estaban fuera de discusión. El día que dejé el hospital y mientras veía como se transformaba en un punto lejano al mirar hacia atrás no pude evitar sonreír: estoy satisfecho.

Consigna de trabajo

1.- ¿Cuáles son a su criterio los dilemas éticos que surgen en el presente caso de la relación paciente – equipo de salud -institución?

- 2.- ¿El paciente de este relato, es un paciente vulnerable? SI/ NO Por qué?
- 3.- ¿Cómo evaluaría su autonomía?
- 4.- ¿Cómo debe actuar el equipo de salud frente a estas circunstancias?
- 5.- Si usted fuera parte del Comité de Bioética ¿Qué plan de acción propone para tratar el presente caso en el Policlínico?